

to en que la vida de Donoso se proyecta con mayor dimensión sobre la Historia. El llamado «discurso sobre la Dictadura», del 4 de enero de 1849, la Embajada en Berlín con sus anteriores y posteriores amistades alemanas y rusas, y su segundo gran discurso, del 30 de enero de 1850, señalan un momento en que la figura de Donoso alcanza una dimensión ampliamente supranacional.

Más tarde, la Embajada en París y la publicación del *Ensayo* con toda la polémica en torno a él, consolida este prestigio. Su actividad como diplomático, sobre la que luego hemos de volver, nos muestra el mismo hombre preocupado por los problemas profundos de su tiempo, bien informado y con tendencia a profundizar en el análisis de los hechos con criterios metapolíticos, esto es, filosóficos y teológicos. Su vida, por otra parte, es ejemplar. Aunque, como luego diremos, sea difícil hablar de conversación, no hay duda que entre la experiencia personal de la muerte de un hermano y la histórica de la revolución del 48, se acentúa en él una fuerte religiosidad que se manifiesta no sólo en su pensamiento, sino en su ardiente caridad y su ascetismo y que acaba de tener su expresión en la ejemplar muerte, ya en los primeros años del II imperio francés.

Este breve examen de su vida basta para darnos cuenta de que nos hallamos ante un hombre plenamente de su tiempo, ante un político activo que es al mismo tiempo un pensador y un escritor, ante un pensador político que, partiendo de una posición liberal doctrinaria —todos los escritos hasta 1840 aproximadamente— va a parar a un tradicionalismo extremado, pero sin caer en la herejía ni perder contacto con las necesidades reales del momento (los grandes discursos de 1849-50 y el *Ensayo*). Ante un español es al mismo tiempo ampliamente europeo.

Del examen de esta rica personalidad podemos pasar al análisis de los rasgos complementarios —no contradictorios— que son lo más interesante de él para ver, después, cuál ha sido su fama y cuál es para nosotros el valor que puede tener.

II. LOS ASPECTOS COMPLEMENTARIOS

«Cálido retórico, frío político», le ha llamado con razón Eugenio D'ors, y el propio Schmitt ha hecho constar lo difícil que es poner de acuerdo el carácter apocalíptico de sus discursos con la aguda objetividad de sus despachos diplomáticos. Por otra parte, se ha hecho notar la diferencia entre el liberalismo doctrinario de su primera época y el tradicionalismo de la segunda o, ya en ésta, entre su legitimismo y su decisionismo. Creemos que todo esto —así como también la contraposición entre su ascetismo y la vida social a que como embajador tenía que entregarse y que vió con tanta agudeza el austriaco Hübner— no son, en rigor, rasgos contradictorios, sino más bien complementarios. Tratemos de analizar esto.

La contraposición entre el «cálido retórico» y «frío político» se ha hecho a base de oponer los discursos a los informes diplomáticos o los artículos de periódico a su intervención en la reforma constitucional de 1845. El mismo Donoso hacía notar una vez que si el mundo no anduviese al revés se encargaría de la dirección de los asuntos a los místicos. Sin llegar él a ser propiamente un místico, parece que en esta expresión está una de las claves de su carácter. ¿Qué queremos decir, en efecto, cuando hablamos del «cálido retórico»? Pensamos, por ejemplo, en el llamado discurso sobre la Dictadura o en su primera intervención parlamentaria so-